

PRIMERA PARTE

Los extraños heraldos del corazón

Siempre me ha parecido fascinante poder soñar. En la infancia mi dormir era intranquilo y tenía sueños muy extraños. Estos sueños siempre me dejaban reflexivo por unos días y eran capaces de tener influencia en mí.

Recuerdo que cuando esperaba entrar en la universidad y estudiar veterinaria, compré con mis ahorros un libro de Sigmund Freud llamado la interpretación de los sueños. Leí unos cuantos capítulos de la densa lectura, pero no me atrapó su proposición teórica, me aburría o quizás no lo comprendía. Mas tarde al cambiar de carrera a la antropología tome un seminario del psicólogo Carl Jung quien por cierto había sido discípulo de Freud.

Jung también estaba muy interesado en los sueños, pero trabajó otro enfoque de interpretación. Generó herramientas conceptuales de análisis como arquetipos e inconsciente colectivo, el proceso de individuación entre otras. Su actividad cognoscitiva fue vasta y publicó muchas obras. Para mí, Jung comenzó a ser un referente en la interpretación de mis sueños, había algo en su discurso que me seducía y le daba sentido a lo que me estaba ocurriendo en ese momento.

Jung fue mi gran maestro, para entender el contenido de los sueños como símbolos de la transformación del individuo, en la manifestación de su esencia tal cual es mientras transcurre su vida. Me ayudó a concebir que en lo más profundo de nuestro ser podemos representar mientras dormimos, el teatro de nuestra propia sanación. Los sueños son como el susurro de Dios nutriendo a la consciencia, dándole contenido a nuestra alma de forma creativa e infinita.

Este autor afirmaba de acuerdo a sus investigaciones, que los niños ya vienen con su propia personalidad. Son las normas sociales y culturales las que se oponen a nuestra naturaleza cuando no coincidimos con la norma impuesta. Así el individuo enferma generando complejas patologías expresadas en su mente o en su cuerpo. Entonces, los sueños son los heraldos de los contenidos de la consciencia, de nuestras alegrías o angustias, de nuestras victorias o desaciertos. Cuando no asumimos los designios de nuestra propia vida, llamamos al reino de los sueños "el inconsciente".

No dejo de pensar que mi consciencia siempre reflejó la naturaleza de mi parte biológica. La transformación requiere de su propio tiempo para depurar la forma orgánica que es inherente al ser y el destino que éste debe cumplir. Y así como el cuerpo cambia también así lo hace la consciencia en íntima comunión.

Desde temprana edad comencé a sentir una profunda contradicción entre lo que me decían las personas quien era yo y lo que yo sentía ser. No había coincidencia. Esto me hizo muy desdichado porque entendía entonces que era inconveniente ante la sociedad y mi familia, que yo mostrara mi verdadera personalidad. Cada día que vivía había una imposición social que exigía me colocara una máscara. Comportarme como una niña resultaba insoportable, me enfermaba. Recuerdo que comencé a manifestar mis angustias somatizando en el cuerpo una incipiente artritis. Se formaban unas gomas dolorosas en mis rodillas y codos. Me convertí en un niño solitario, reservado y silencioso. Mas tarde, cuando crecí, tuve problemas para expresar verbalmente mis ideas ante las personas.

Lo que sostenía el psicólogo Jung sobre la manifestación temprana del carácter en los niños y niñas se cumplió en mí. Mamá me contó que una vez siendo un bebe que apenas aprendía a caminar ella me estaba enseñando a usar la pozeta (inodoro) como hembra y yo le insistí que quería orinar de pie como mis hermanos, en vista de mi rebeldía mamá dejo que lo hiciera por lo que orine mis piernas y ropa. Ella pensó que con la desagradable experiencia de haberme orinado no perseveraría más en “copiar” conductas masculinas, pero no fue así, el evento solo marco el comienzo de mi destino y de la fuerte relación de enfrentamientos que tuve con mi madre y mi comunidad.